

—En cuanto á vuestra primera pregunta,—dijo el marqués,—contestaré con una palabra. Acá para inter nos, creo al Barón muy enamorado de Isabel, y no pudiendo retenerla en su castillo, se ha contratado en la compañía para seguir sus amores. No sereis vos por cierto quien encuentre de mal gusto esa persecucion galante, puesto que la dama de sus pensamientos excita vuestra fantasía.

—No; admito todo esto. Pero vos convendreis conmigo que yo no podia adivinar esa historia, y que la accion del Capitan Estruendo fué impertinente.

—Impertinente partiendo de un cómico,—repuso el señor de Bruyeres;—natural viniendo de un hidalgo celoso de su amante. Así pues, el Capitan Estruendo arroja su máscara y viene, como barón de Sigognac, á proponeros el desafío por intermediacion mia y á pedir os satisfaccion del insulto que le habeis inferido.

—Pero ¿quién me dice á mí,—exclamó Vallombreuse,—que ese pretendido Sigognac, que desempeña el papel de Matamoros en una compañía de bufos, no sea un intrigante de baja ralea que usurpe un nombre apreciable para tener el honor de cruzar su cómica espada de palo con la mia?

—Duque,—replicó el marqués de Bruyeres con tono lleno de dignidad,—yo no serviria de testigo á nadie que no fuese noble. Conozco personalmente al barón de Sigognac, cuyo castillo está á pocas leguas de mis tierras. Salgo garante de él. Por otra parte, si poneis en duda su calidad, ahí fuera tengo todas las pruebas para desvanecer vuestros escrúpulos. ¿Me permitís que llame á mi lacayo que aguarda en la antecámara y os entregará los pergaminos?

—No hay ninguna necesidad,—respondió Vallombreuse;—vuestra palabra me basta, acepto el duelo; el caballero de Vidaline, mi amigo, será mi padrino. Hacedme el placer de entenderos con él. Todas las armas y todas las condiciones me son buenas. Me gustaria ver si el barón de Sigognac sabe parar con igual destreza las estocadas como el Capitan Es-

truendo los garrotazos. La encantadora Isabel coronará al vencedor del torneo, como en los felices tiempos de la caballería andante. Mas permitid que me retire. El señor de Vidaline, que ocupa un departamento en el palacio, va á bajar, y con él acordareis el sitio, el arma y la hora. Beso á vuestra merced la mano, caballero.

El duque hizo una cortesía estudiada, levantó una pesada cortina de tapicería y desapareció.

Pocos momentos despues el caballero de Vidaline se reunia al marqués, y las condiciones del duelo quedaron pronto arregladas. Eligióse la espada, arma natural de los nobles, y el combate fué fijado para el dia siguiente, pues Sigognac no quiso, en caso de herida ó muerte, que tuviese que suspenderse la representacion anunciada por los ámbitos todos de la ciudad.

El punto designado era cierto sitio extramuros, un prado muy apreciado de los duelistas de Poitiers por su soledad, firme terreno y comodidad natural.

El marqués de Bruyeres volvió á la posada de las *Armas de Francia* y dió cuenta de su mision á Sigognac, quien le dió las más calurosas gracias por haber llevado á tan buen término el asunto, pues tenia grabadas en su corazón las miradas insolentes y libertinas que el jóven duque dirigiera á Isabel.

La representacion debia dar comienzo á las tres, y desde la mañana, el pregonero de la ciudad se paseaba por las calles tocando llamada, y anunciando el espectáculo tan pronto se habia formado á su alrededor un corro de curiosos. El pillastre tenia los pulmones de Stentor, y su voz, acostumbrada á promulgar los edictos, daba á los títulos de las piezas y á los nombres de los actores la redundancia enfática más majestuosa del mundo. A ella temblaban los vidrios en las ventanas y los vasos vibraban al unísono sobre las mesas en el interior



de las casas. Poseía aquel, además, una manera automática de mover la barba al pronunciar las palabras que le daba semejanza con un rompe avellanas de Nuremberg y refocilaba á los pilletes. Los ojos no eran ménos solicitados que las orejas, y los que no habian oido el anuncio podian ver en las esquinas de las calles más frecuentadas, en la pared del juego de pelota y en la puerta de las *Armas de Francia*, grandes carteles en los que en mayúsculas rojas y negras á líneas alternadas, figuraban *Ligdamon y Lidias* y las *Bravatas del Capitan Estruendo*, trazadas al pincel por el Intrigante, calígrafo de la compañía. Aquellos carteles estaban escritos en estilo lapidario romano, y en los cuales los más exigentes no hubieran encontrado nada que reprochar.

Un mozo de la posada, al que habian habilitado para portero de teatro, disfrazándole con una ropa por mitad verde y amarilla, un ancho talabarte del que pendia una espada de hierro, y un sombrero de anchas alas que se le hundia hasta los ojos y del que partia una pluma que barria las telarañas del techo, contenia con una partesana la multitud que se agrupaba á la puerta, no dejando pasar á nadie que no hubiese escupido en el bacinete colocado en una fuente de plata puesta encima de una mesa, es decir pagado el precio del asiento ó cuando ménos exhibido un billete de entrada en la forma convenida de antemano. En vano algunos monaguillos, estudiantes, pages ó lacayos intentaron entrar subrepticamente y deslizarse por debajo de la temible partesana: el vigilante cerbero enviaba al atrevido de un trastazo al medio de la calle, donde algunos cayeron patas arriba en el arroyo, con gran chacota de los demás, que se morian de risa al verles levantarse contritos y llenos de barro.

Las damas llegaban en sillas de manos llevadas por robustos patanes que corrian con tan ligera carga. Algunos hombres acudian á caballo ó montados en mulas y al llegar frente el juego de pelota tiraban las bridas de sus monturas á lacayos apostados al efecto.

Dos ó tres carrozas con los dorados enrojecidos y medio borradas las pinturas, sacadas de la cochera en aquella ocasion solemne, se acercaron á la puerta al paso de calmosos caballos, y de ellas salieron, como del arca de Noé, toda suerte de bestias provincianas de aspecto heteróclito y caparazonadas con trajes que fueron de moda en tiempos del precedente reinado. Sin embargo aquellas carrozas, por destaraladas que fuesen, no dejaban de producir impresion en la multitud apiñada para ver entrar la gente en el teatro, y alineadas una al lado de la otra en la plaza producian un efecto bastante majestuoso.

Pronto en la sala destinada á espectáculo no quedó sitio ni para un alfiler. A cada lado de la escena se habian colocado sillones para las personas de distincion, cosa en verdad perjudicial á la ilusion teatral y al juego de los actores, pero de la que la costumbre impedia apreciar el ridículo. El jóven duque de Vallombreuse, vestido de terciopelo negro adornado de azabache, inundado de randas, estaba al lado de su amigo el caballero de Vidaline, que llevaba un magnífico y elegante traje de raso color de escábiosa bordado de oro. En cuanto al marqués de Bruyeres, para poder aplaudir con más libertad á Zerbina sin comprometerse demasiado, habia tomado un sitio en la orquesta detrás de los violines.

A ambos lados de la sala se habian construido una especie de palcos con tablas de pino, cubiertos de sarga ó con viejos tapices de Flandes; el centro de aquella lo formaba la platea, en la que se veian de pié vecinos de la ciudad, horteras, pasantes de procurador, aprendices, estudiantes, lacayos y otra gente menuda.

En los palcos iban tomando sitio, haciendo hinchar sus guardapiés, las mujeres, tan soberbiamente alhajadas como lo permitia su guardaropa de provincia, un poco atrasado á la moda de la corte. Pero crea el lector que en muchas la riqueza suplía ventajosamente á la elegancia, cuando ménos á los ojos poco conocedores del público potevino. Veíanse bri-



llar gruesos diamantes de familia que no por estar engastados en viejas y engrasadas monturas dejaban de tener gran valor; antiguas randas, un poco amarillas, es cierto, pero de gran precio; largas cadenas de oro de veinte y cuatro quilates, muy pesadas y preciosas, aunque de trabajo antiguo; brocados y sederías legados por los antepasados, como no se tejen ya en Venecia ni en Lion. Habia además encantadores palmitos frescos, rosados, dulces, que hubieran atraído las miradas en San German y en Paris, á pesar de su fisonomía por demás inocente y cándida.

Algunas de aquellas señoras, no queriendo sin duda ser conocidas, no se habian quitado el antifaz, lo que no impedía á los desocupados de la platea llamarlas por su nombre y contar sus aventuras más ó ménos censurables. No obstante, una dama enmascarada más cuidadosamente que las demás, que se encontraba sola en un palco en compañía de una camarera, burlaba la sagacidad de los desocupados. Un velo de negra randa, anudado debajo de la barba, le cubria la cabeza y no permitia distinguir el color de su cabello. El resto de su vestido, de rica tela, aunque de color oscuro, se confundia con la sombra en la que procuraba ocultarse, al revés de las demás mujeres, que buscaban el fuego de las bujías para ponerse en evidencia. A veces sucedia tambien que la desconocida levantaba á la altura de sus ojos, como para garantizarlos de la viveza de la luz, un abanico de negras plumas en el centro del cual estaba engastado un pequeño espejo al que no consultaba.

Los violines, tocando un ritornello, llamaron la atencion general hácia la escena, y nadie se cuidó más de aquella misteriosa deidad que hubiera podido tomarse por la dama tapada de Calderon.

\*\*\*  
Dióse principio por *Ligdamon y Lidias*.

La escena representaba un soto, tapizado de musgo, regado por cristalinas fuentes, viéndose en último término una línea de azuladas montañas. La decoracion, que ofrecia un agradable aspecto, dispuso favorablemente al público.

Leandro, que desempeñaba el papel de Ligdamon, vestia un traje cinzolino con bordados verdes á la moda pastoril. Sus cabellos, rizados hasta el centro de la cabeza, caian en bucles sobre su nuca, donde una cinta los sujetaba del modo más elegante. Una gorguera ligeramente abollonada hacia resaltar su cuello tan blanco como el de una mujer; su barba, afeitada cuidadosamente, coloraba su cútis con un imperceptible tono azulado y lo aterciopelaba como la flor del albérchigo, comparacion que hacia aun más exacta la encarnada frescura del colorete estendido discretamente por sus pómulos; sus dientes, avivados por el carmin de los labios y limpiados hasta hacer saltar el esmalte, brillaban como perlas; una línea de tinta China habia regularizado las puntas de sus cejas, y otra línea, de tinta tambien, de sutileza extrema, bordeaba sus párpados y prestaba al blanco de sus ojos un brillo extraordinario.

Un murmullo de satisfaccion recorrió entre el auditorio: las mujeres se inclinaron una hácia otra cuchicheando, y una jovencita, recién salida de un convento, no pudo ménos de decir con sencillez que le valió una reprimenda de su madre:

— ¡Qué guapo es!

Aquella jovencita, que en su candor traducia la idea secreta de las mujeres más experimentadas, y tal vez tambien la de su propia madre, se puso de veinte colores á la amonestacion, enmudeció los labios, y fijó los ojos en sus rodillas, no sin embargo sin levantarlos furtivamente cuando veia que no se la vigilaba.

Pero de fijo que la más conmovida entre todas, era la dama tapada. La precipitada palpitation de su garganta, el ligero temblor del abanico que sostenia entre sus manos, la



posicion inclinada que habia tomado sobre el antepecho del palco para no perder nada del espectáculo hubieran delatado su interés por Leandro, si alguien la hubiese observado. Afortunadamente, todos los ojos estaban vueltos del lado de la escena, y esto le dió tiempo de reponerse.

Ligdamon, como todos saben, pues nadie hay que desconozca las producciones del ilustre Jorge Scudery, abre la escena con un monólogo muy tierno y patético, en el que el amante desairado por Silvia controvierte esta cuestion importante: saber cómo pondrá fin á una existencia que los rigores de su bella le hacen insoportable. ¿Elegirá, para terminar sus tristes dias, el lazo ó la espada? ¿Se arrojará de lo alto de una roca? ¿Se precipitará al rio, á fin de anegar su llama debajo de las ondas? Al umbral del suicidio, vacila y no sabe qué resolver. Esa vaga esperanza, que no abandona á los enamorados sino en el último extremo, le retiene á la vida. Quizás la inhumana se ablandará y se dejará vencer por adoracion tan obstinada. Hay que confesarlo: Leandro declamó esta tirada como cómico consumado, con alternativas de languidez y de desesperacion las más lastimeras. Su voz temblaba como á quien le ahoga el dolor, y que, al hablar, contiene sus sollozos y sus lágrimas. Cuando exhalaba un suspiro, parecia arrancarlo del fondo de su alma, y se quejaba de las crueldades de su amante con voz tan dulce, tan tierna, tan sumisa, tan penetrada, que todas las mujeres de la sala sentian despecho hácia la bárbara y cruel Silvia, pretendiendo que en su lugar ellas no habrian sido tan salvajemente feroces de reducir á la desesperacion, y quizás á la muerte, un pastor de tan levantado mérito.

Al fin del monólogo, y mientras el público le aplaudia rabiamente, Leandro paseó su mirada por las mujeres de la sala, deteniéndolas en aquellas que le parecian de título; pues, á pesar de numerosas decepciones, no abandonó su idea de ser amado de una dama de elevada alcurnia por su gentileza y buenas dotes de actor. Vió más de un ojo hume-

decido por las lágrimas, más de una blanca garganta que palpitaba de emocion. El éxito no sorprende jamás á un actor; pero excitó vivamente su curiosidad la dama tapada que se mantenía retirada en el interior del palco. Como aquel misterio olia á aventura, Leandro adivinó al instante bajo aquella máscara una pasion que el bien parecer obligaba á disimular, y disparó hácia la desconocida una mirada abrasadora, para significarle que habia sido comprendida.

El tiro dió en el blanco, y la dama hizo á Leandro un signo imperceptible con la cabeza, como dándole gracias por su penetracion. La relacion estaba establecida, y desde entonces, cuando lo permitia la accion de la comedia, se cambiaban miradas entre el palco y la escena. Leandro era sobresaliente en tales manejos, y sabia dirigir su voz y lanzar una tirada amorosa de manera que una persona de la sala pudiese creer que á ella sola iba dirigida.

A la entrada en escena de Silvia, cuyo papel desempeñaba Serafina, el caballero de Vidaline no se descuidó de aplaudir, y el duque de Vallombreuse, queriendo favorecer los amores de su amigo, no se desdenó de poner en contacto por tres ó cuatro veces las palmas de sus blancas manos, cuyos dedos llevaba cargados de sortijas de brillante pedrería. Serafina saludó ligeramente al caballero y al duque, y se preparó á comenzar con Ligdamon ese bellissimo diálogo que los doctos juzgan uno de los pasages mejor sentidos y escritos de la comedia.

Como lo exige el papel de Silvia, avanzó esta algunos pasos en la escena con gesto preocupado y pensativo, para motivar la demanda de Ligdamon:

Esta vez os sorprendo pensativa.

Serafina estaba muy graciosa en aquella actitud abandonada, un poco inclinada la cabeza, caido un brazo y el otro colocado en la cintura. Su faldellin era de color verde margaroneado de plata y lo llevaba recogido por lazos de terciopelo.